

LO QUE SABÍA MAISIE

David Liss

David Liss ha escrito seis novelas, la última de las cuales es *The Devil's Company*. Las cinco anteriores, de gran éxito, fueron: *Una conspiración de papel*, ganadora del premio Edgar a la mejor novela de autor novel en 2000, *El mercader de café*, *A Spectacle of Corruption*, *El asesino ético* y *The Whiskey Rebels*. En 2008, durante la Convención contra la Corrupción celebrada por las Naciones Unidas en Bali, Indonesia, la Oficina sobre Drogas y Crimen de las Naciones Unidas lo nombró Artista por la Integridad. En realidad, nadie sabe muy bien qué méritos lo hacen acreedor a este título ni lo que significa, pero es posible que lo convierta en el Bono de la ficción histórica. Las novelas de David Liss se han traducido a más de dos docenas de lenguas. Actualmente vive en San Antonio con su esposa y su hijo, y se puede contactar con él a través de su página web, www.davidliss.com.

Hubo una época en que tener a Maisie en el apartamento me parecía bien. Fue siempre un mal asunto, desde el principio, pero entre todas las malas posibilidades, ésta era la menos mala. No podía dejarla suelta por el mundo con todo lo que sabía y todo lo que andaba diciendo. Probablemente no hubiera pasado nada si la hubiese dejado en paz, pero no podía vivir sin una garantía. Era la posibilidad de que las cosas se torcieran lo que me carcomía por dentro, lo que me mantenía despierto por las noches, lo que me hacía dar un salto cada vez que sonaba el teléfono. Tenía una esposa a la que amaba y estábamos esperando un niño. Tenía una vida y quería conservarla. No se puede vivir así, esperando a que suceda algo malo, así que hice lo único que podía hacer, lo único que se me ocurrió. Era la decisión correcta, sólo que las cosas no salieron como yo había previsto.

Tendrían que haber ido bien. Todo cuanto yo sabía sobre los reanimados así lo indicaba. Me había pasado casi toda la vida entre ellos. Mis padres, que apenas podían comprarse un coche, corrieron a hacerse con un modelo I de General Reanimation en cuanto salió al mercado. Los niños de hoy en día no pueden ni imaginarse cómo eran aquellos primeros modelos: llenos de defectos e inconvenientes, vestidos con aquellos horribles uniformes parecidos a extraños esmóquines verdes. Por aquel entonces yo sólo tenía cinco años y el reanimado me inspiraba un terror atroz cuando, con sus pesados andares, entraba en mi cuarto de noche para asegurarse de que estaba bien, o cuando se quedaba conmigo para cuidarme si mis padres habían salido de noche. Aún lo recuerdo acercándose a mí, arrastrando los pies, con una cena a base de congelados en las manos temblorosas. No era que les tuviera fobia, como otras

personas. Simplemente no me gustaban. Los muertos tendrían que haber seguido muertos. Esto es lo más lógico del mundo. Puede que ahora más que nunca.

De modo que yo detestaba ir al apartamento en el que guardaba a mi chica muerta, que, antes que nada, resultaba muy cara de mantener y tenía que ocultarle a mi mujer, que se encargaba de nuestras finanzas domésticas. Habría preferido estar en cualquier otro sitio, en el dentista, en el departamento de Tráfico, en un despacho de Hacienda para una auditoría, o en un examen de próstata.

Pero estaba allí, en el apartamento. Abrí la puerta, entré y, al inhalar el extraño olor a productos químicos que emitían todos ellos, me embargó la sensación de que no tenía nada que hacer allí. Mi nombre figuraba en el contrato de arrendamiento, pero aun así me sentía como un intruso. Era un apartamento mugriento en la peor parte de la peor zona de la ciudad, pero no era demasiado peligroso. Tenía un solo dormitorio, más de lo que necesitaba Maisie, puesto que, teóricamente, no necesitaba espacio alguno. La teoría era ésa, pero yo siempre tenía dudas. A veces, cuando iba a verla, las sillas de la barata cocina parecían fuera de sitio. Yo siempre las dejaba pegadas a la pared, pero luego aparecían separadas de ella, en ángulos extraños, o incluso tiradas sobre el suelo, como para anunciar que las habían movido. Pensaba que no había nada de malo en que ella se sentara o moviera las cosas si le apetecía, pero el caso es que, teóricamente, no debía hacerlo. Eso era lo que me inquietaba.

Cuando llegué aquel día, seguía exactamente en el mismo sitio en el que la había dejado, de espaldas a la pared opuesta del salón, orientada hacia la puerta, bajo la luz que entraba por las cortinas entreabiertas. Contemplé cómo bailaban las motas de polvo alrededor de sus ojos, visibles tras la máscara, grandes ojos de muñeca que no parpadeaban nunca.

Maisie era una reanimada del mercado negro, pero llevaba el uniforme verde y blanco de las unidades licenciadas de General Reanimation, así como, claro está, la máscara verde y blanca a juego, que, desde mi punto de vista, hacía parecer luchadores mexicanos a todos los reanimados. A mucha gente le resultaban desconcertantes esas máscaras, incluidas las personas a las que les gustaba la presencia de los reanimados, pero todos reconocían que era la mejor de las alternativas. A nadie

le agrada descubrir, al inscribirse en un hotel, que el botones reanimado es un pariente fallecido. A nadie le gusta encontrarse en un cóctel con que la esposa que lo dejó viudo le ofrece una bandeja de paté de gambas sobre *ciabatta*.

Yo detestaba aquel uniforme, resbaladizo y resistente a las manchas, hecho de una especie de plástico blando. Era demasiado grande y voluminoso, y con él era casi imposible asegurar que Maisie era una mujer. Odiaba la máscara que le cubría toda la cara, pero tenía que llevarla por si se declaraba un incendio o el propietario del edificio tenía que enviar un fontanero para arreglar algo o incluso entraba un ladrón. El apartamento estaba alquilado a mi nombre y no quería que nadie supiera que poseía una reanimada ilegal. No necesitaba problemas de esa índole.

Entré en el apartamento y cerré la puerta tras de mí.

—Hola, Maisie. Puedes quitarte la máscara si quieres.

Ella permaneció tan inmóvil como un maniquí.

—Maisie, por favor, quítate la máscara.

Levantó la mano izquierda y se la quitó, pero la conservó allí. No le había dicho que la dejara en ningún sitio concreto, así que a su muerto cerebro no se le ocurrió soltarla. Bajo la máscara apareció su rostro, pálido e hinchado, flácido sobre su calavera, pero aun así extrañamente hermoso. Poseía una cabellera entre rubia y pelirroja, de largos y sinuosos rizos, y unos ojos azul pálido, seguro que arrebatadores en vida, aunque apagados y nublados en la no-muerte.

Iba a ver a Maisie una vez por semana, aproximadamente. No es que fuese necesario, claro. Podría haberla dejado sola durante meses, pero sabía que era conveniente que los reanimados hicieran un poco de ejercicio para que no se anquilosaran. En parte lo hacía por eso. Pero, además, quería asegurarme de que no andaba metida en nada. Se suponía que los reanimados nunca se metían en nada, pero, para empezar, si Maisie no hubiera sido especial, si no hubiera actuado como actuaba, nunca habría estado en aquel apartamento.

—¿Qué tal te va, Maisie?

No hubo respuesta, claro. Lo que quedaba de su cerebro era incapaz de procesar una pregunta tan abstracta. Eso había dicho Ryan y parecía creer que sabía de lo que hablaba.

—Maisie, tráeme una cerveza de la nevera.

Podía traérmela yo mismo, claro, pero necesitaba alguna

excusa para obligarla a moverse. Tuve que especificar lo de la nevera porque, de lo contrario, podría haberme traído una caliente de la despensa o podría haberse puesto a buscar cerveza en el armario de las medicinas.

Salió de la cocina. Yo la seguí, pero sólo para tener algo que hacer. Siempre me sentía aburrido e intranquilo cuando iba al apartamento. Me encontraba raro, como si estuviera actuando para una audiencia extraña, como si fuera un adulto que estuviese tratando de recobrar la magia de los juguetes de su infancia. Nada de lo que le decía o hacía con ella resultaba natural. Joder, si me sentía menos solo cuando le decía algo a un perro. Por esa razón, mis visitas eran siempre tan cortas. Me tomaba una cerveza, le ordenaba que limpiara un poco y luego me largaba de allí.

Estaba pensando en lo mucho que quería marcharme, en lo mucho que quería volver con mi esposa, cuando entré en la cocina y vi unas flores recién cortadas sobre la mesa.

Era un centro de lo más hortera, hecho de margaritas secas, baratas, pero las flores parecían muy frescas. Estaban ordenadas con descuido y el agua del jarrón había salpicado la mesa. Ésta es la cuestión: yo no había dejado aquellas flores allí. Nadie más tenía una llave, aparte del administrador del edificio o el propietario. Y ninguno de ellos tenía nada que hacer en el apartamento. Es más, de haberse tratado de un asunto importante, habrían llamado primero (les había dado el número de mi móvil, puesto que no quería, bajo ningún concepto, que mi esposa se enterara de que tenía un apartamento, y mucho menos un apartamento en el que guardaba a una reanimada del mercado negro), y aun en el caso de que no hubieran entrado, ni el administrador ni el propietario habrían dejado un jarrón con flores sobre la mesa de la cocina.

En aquel momento, Maisie estaba cerrando la nevera y ofreciéndome la cerveza. No abrió la botella porque yo no se lo había ordenado. Así es como funcionan. No hacen nada que no les ordenes. Así que, ¿de dónde habían salido aquellas flores?

Abrí la cerveza y miré a Maisie, quien, a falta de órdenes, permanecía absolutamente inmóvil.

—Maisie, ¿de dónde han salido las flores?

Se me quedó mirando. Era una pregunta complicada para un reanimado, comprendí al tiempo que la formulaba. Demasiado abstracta. Volví a intentarlo.

—Maisie, ¿has puesto tú esas flores ahí?

Era una pregunta que se respondía con un sí o un no y tendría que haber podido contestarla, pero no dijo nada.

—Maisie, responde a la pregunta. ¿Has puesto tú esas flores ahí?

De nuevo, silencio. Un silencio siniestro, lúgubre, completo. Era como pedirle respuestas a un animal disecado. No, las creencias animistas de que nos dotaba la genética otorgaban, a nuestros ojos, cierta lógica al hecho de que un animal disecado pudiera hablar.

Era como pedirle respuestas a un cuenco de arroz.

Tomé un largo trago de cerveza y suspiré. Era inquietante. Más aún. No era sólo que mi reanimada, que teóricamente no hubiese tenido que desear nada, quisiera, no sé cómo, unas flores. Significaba que, de algún modo, había salido del apartamento, ido a la tienda y gastado dinero, un dinero que había tenido que ganar de algún modo o robarle a alguien. ¿Se lo habría traído consigo desde La Caja de Pino? Aquello era una espiral de interrogantes, y yo necesitaba conocer la verdad. Lo necesitaba.

—Maisie —dije—. Ve al dormitorio, quítate la ropa y tiéndete de espaldas sobre la cama.

Lo primero que quiero dejar claro es que no soy un pervertido. No siento el menor deseo de mantener encuentros sexuales con reanimadas. Si pudiera elegir entre practicar el sexo con una reanimada o con una mujer de verdad, siempre elegiría a la mujer de verdad. Caray, si tuviera que elegir entre practicar el sexo con una reanimada o no practicarlo, podría pasar sin sexo... al menos durante mucho tiempo. Como pasa con el sadomasoquismo, o el fetichismo por el látex, si no lo sientes de forma natural, es difícil fingir entusiasmo. Conoces a una mujer increíblemente ardiente, que te dice: «Claro, vamos a practicar el sexo. Sólo quiero atarte y meterte unos palitos en el pene.» Lo más probable es que, lamentándolo mucho, echas a correr. Salvo que te vayan esas cosas. A muchos tíos les va el sexo con reanimadas. Las prefieren a las mujeres de verdad. Es algo que les pone. Pero a mí no me ponía.

Dicho esto, también debo señalar que, en muchos aspectos, es como practicar el sexo con cualquier otra persona. Tie-

ne algunas ventajas, pero también faltan algunas de las cosas que hacen que el sexo con una mujer viva sea divertido, como la inigualable sensación de estar practicando el sexo con alguien que sabes que está vivo. Así que, si lo miras con objetividad, la cosa tiene sus pros y sus contras. Yo no lo miraba con objetividad. No quería practicar el sexo con ella. Quería hacerlo con mi esposa y con nadie más. Me gustaba hacerlo con mi esposa. Sí, miraba a las mujeres atractivas cuando las veía por la calle. Había tenido mis oportunidades en alguna fiesta o en algún viaje de negocios, pero nunca las había aprovechado. Estaba enamorado de Tori. Era feliz y no quería complicaciones ni problemas de culpabilidad y mentiras.

Si sois como la mayoría de la gente, seguramente habréis muchas cosas de los reanimados que no sepáis. Ryan dice que así sois más felices. Dice que cuanto menos tengáis que pensar en lo que son, más fácil os resulta ignorarlos y disfrutarlos como mercancías. Dice que probablemente no sepáis gran cosa sobre su historia, por ejemplo, porque conocer su historia no os proporciona ningún beneficio. Es posible que tampoco sepáis mucho sobre su naturaleza, pero eso es otra cosa. Conocer su naturaleza sí podría brindaros algunos beneficios. Lo más importante, y a eso voy, es que los reanimados tienen mayor claridad de pensamiento cuando se intensifican sus sensaciones. Esta claridad se puede inducir por medio del dolor o del placer sexual, al menos en el caso de las hembras. Me han contado que para los machos es imposible practicar el sexo, salvo que se les infle el pene de manera artificial. Se rumorea que existen esclavos sexuales reanimados con miembros modificados quirúrgicamente para que estén listos de manera permanente, pero no estoy muy seguro de que sea verdad.

Los reanimados se comportan de manera completamente distinta durante el sexo. Ésta es la principal razón por la que a algunos tíos les gusta acostarse con ellos. Supongo que también es importante que sean esclavos sexuales dispuestos y obedientes, cuyas necesidades se pueden ignorar con toda tranquilidad. También hay algunos tipos a los que les entusiasma el hecho de que estén muertos. Pero para la mayoría de los que lo hacen, lo más importante es que los reanimados lo desean con auténtica voracidad. Comienzan a sentir cosas, comienzan a acordarse de sí mismos y... en fin, siento ser grosero, pero la cuestión es que follan a lo bestia y a algunos eso

les encanta. A mí no. A mí me hacía sentir sucio, como si estuviera en contacto con algo vil y putrefacto. Incluso ahora no me gusta pensarlo con demasiado detalle y cuanto menos diga sobre ello, mejor.

Sin embargo, ser adulto significa hacer cosas que no te gustan. Así que yo practicaba el sexo con Maisie. En cuanto la penetraba, era como si pulsara un interruptor en el interior de su espíritu. Se convertía en algo increíble, una criatura vibrante y poderosa, algo que no sólo parecía vivo, sino que lo estaba, como una tormenta o una masa de electricidad estática acumulada. Así había sido cuando lo hicimos en La Caja de Pino. Gruñía, gemía y murmuraba. Sus caderas me embestían con una violencia sorprendente y embarazosa. A mí no me gustaba prolongar aquello más de lo indispensable, así que esperé hasta que me pareció que ya estaba satisfecha y entonces le pregunté:

—Maisie, ¿de dónde han salido las flores?

—Que te den, capullo.

Creo que decir que me sorprendió sería quedarse muy corto. Me aparté de ella de un salto, asombrado y aterrado, y perdí por completo —vamos a decirlo así— las ganas de continuar. Por su parte, ella se desplomó sobre la cama como un títere al que le hubiesen cortado las cuerdas. Así, sin más, volvió a ser la criatura muda y sin vida de siempre, inmóvil, desnuda, ligeramente hinchada, sin la respiración entrecortada como yo (porque los reanimados no respiran), con la mirada perdida y sin un solo pensamiento, estoy seguro, en la cabeza.

Empecé a recoger mi ropa.

—Maisie, vístete —dije— y ven a sentarte a la mesa de la cocina.

Ella obedeció.

Soy un buen tío. Me gustan los niños y los animales. No disfruto especialmente con las películas violentas, así que lo que sucedió a continuación no fue de mi agrado. No fue algo natural en mí. Sin embargo, tenía que hacerlo. Lo pensé detenidamente. Estudié el problema desde todas las perspectivas y traté de encontrar otro modo de hacerlo, pero no lo había.

Cuando Maisie se sentó a la mesa de la cocina, le dije que colocara el brazo derecho sobre la mesa, encima de una gruesa toalla de baño. Luego le pedí que se arremangara el uniforme. Una vez a la vista la carne hinchada y pálida del antebrazo, la

agarré por la muñeca con una mano y, con la otra, le clavé un afilado cuchillo de cocina justo encima del codo.

Nunca he apuñalado a una persona viva, pero estoy seguro de que la sensación es totalmente distinta. Su carne casi no ofrecía la menor resistencia. Era como pinchar una masa húmeda. Sentí que el cuchillo arañaba el hueso, pero seguí adelante, hasta el final, hasta que la punta del cuchillo entró en contacto con la toalla.

Ryan dice que el dolor es tan efectivo como el sexo; pero el sexo, por muy inquietante que resulte, me parece menos repulsivo que la tortura. Todo el que esté pensando que soy una mala persona debe tenerlo presente. Sólo recurría al dolor cuando no me quedaban alternativas.

Maisie no chilló. No se levantó, ni se apartó ni luchó. En su lugar, me miró con un rictus de dolor.

—Estúpido cabronazo...

—Maisie, ¿has puesto tú esas flores ahí? ¿De dónde las has sacado? ¿Cómo las has pagado?

En aquel momento, sus ojos estaban húmedos y muy abiertos, casi límpidos, casi como los de una mujer viva. Sus párpados hicieron algo parecido a un pestañeo. Tenía la boca entreabierta y los labios, de ordinario grises, estaban cobrando un poco de color.

—Que te den, Walter —dijo sin apenas inflexión en la voz.

Removí el cuchillo en la herida. Podía sentir cómo desgarraba y cortaba la carne con cada movimiento de la hoja.

—Maisie, ¿cómo lo has hecho? ¿Cómo has conseguido las flores?

Exhaló un grito de dolor y, apretando los dientes, esbozó una sonrisa enfermiza.

—Cuanto más me follas, cuanto más me torturas, más puedo pensar. Y lo único en lo que pienso es en darte tu merecido. Y luego no se va todo. Cada vez me hago un poco más fuerte. Saqué el cuchillo.

Seis meses antes yo era un hombre diferente. O, al menos, no era un hombre que pensara que algún día, no demasiado lejano, estaría torturando a una reanimada ilegal justo después de haber practicado el sexo con ella. Pero la vida no siempre sale como habíamos previsto. Eso está muy claro.

Las cosas iban bastante bien y las perspectivas eran aún mejores. Estaba casado con una mujer más maravillosa, inteligente y creativa de lo que nunca había creído posible. Juro que me había enamorado de Tori la primera vez que la vi, en el cumpleaños de un amigo mutuo, y nunca había terminado de creerme la suerte que había tenido al verme correspondido.

Tori era violonchelista en la orquesta de la ciudad. Chulo, ¿eh? Puede que no fuese la más consumada intérprete del mundo, pero a mí no me importaba. No quería que estuviera siempre de viaje, recibiendo alabanzas allá donde fuese y siendo objeto permanente de la adoración de hombres mucho más ricos, más apuestos y más inteligentes que yo. Hacía tiempo que había abandonado el sueño de convertirse en una estrella del violonchelo y ahora se contentaba con poder ganarse la vida haciendo algo que le encantaba. Además, estaba encinta. Acabábamos de enterarnos y aún era demasiado temprano para decírselo a nadie, pero estábamos los dos muy emocionados. Yo, por mi parte, sentía cierta aprensión. Creo que a la mayoría de los hombres su primer hijo les inspira más inquietud de lo que se atreverían a reconocer. Pero también pensaba que era una aventura. Una aventura que viviría en compañía de Tori, y con eso era suficiente para mí.

El trabajo era otra cuestión. No estaba mal, pero tampoco era ninguna maravilla. Era contable en una agencia publicitaria bastante importante, dedicada en exclusiva a empresas de la zona. No había nada creativo ni desafío alguno en mi trabajo, aunque el sueldo era aceptable. En general me dedicaba a tratar de captar nuevos clientes y a mantener contentos a los que ya teníamos. Era una lata tratar de convencer a la gente de que siguiera gastando dinero en estúpidos anuncios para la emisora de radio local, anuncios que, seguramente, ni siquiera necesitaban. No obstante, los compañeros de trabajo eran simpáticos, por lo que el ambiente laboral era agradable. Mi jefe se portaba como un capullo cuando mis resultados no eran los que esperaba, pero si alcanzaba mis objetivos no se metía conmigo. Normalmente lo conseguía, así que todo iba bien. El trabajo pagaba las facturas, así que teníamos un buen perfil crediticio, por lo que, lógicamente, vivíamos por encima de nuestras posibilidades, como todo el mundo. Habíamos comprado una casa que a duras penas podíamos pagar y teníamos dos monovolúmenes que nos costaban casi la mitad de lo que pagábamos

por la casa. Por lo general nos manteníamos al día con las agencias de crédito y, cuando no era así, tampoco tardábamos demasiado en hacerlo.

Todo cambió un sábado por la noche. El universo reparte mierda al azar y esa vez me tocó a mí. Uno de los compañeros de la oficina, Joe, celebraba su despedida de soltero. Era uno de esos tíos a los que no puedo soportar: había estado en una fraternidad universitaria, llamaba a todo el mundo «tronco» y solo vivía para la temporada de fútbol americano y para contar chistes verdes. La verdad es que él no me quería en su despedida ni tampoco en su boda, pero había terminado por invitarme y yo había terminado por aceptar. Francamente, no me apetecía nada gastarme un dineral en contribuir a que se emborrachara, pero negarse no habría sido conveniente para mi situación en la oficina.

La despedida comenzó en un bar y, como no podía ser de otro modo, se trasladó a un club de *striptease*. Pasamos por la obligada rutina de los bailecitos insinuantes y los billetes en el interior de los tangas, y tomamos demasiadas copas a precios abusivos. Supongo que no estuvo mal, pero tampoco habría pasado nada si me lo hubiera perdido. Una juerga con Joe y sus estúpidos amigos en un club de *striptease* o una velada con Tori delante de la televisión... Me habría quedado con Tori sin dudarlo un instante.

Ryan era uno de los invitados. No nos conocíamos y cuando lo hicimos no se me ocurrió razón alguna para volver a verlo. Era alto, llevaba su pelo rubio un poco más largo de lo que debía —para darse un aire de juerguista, supongo— y tenía el físico de alguien que pasa demasiado tiempo en el gimnasio. Se había criado con Joe y eran muy buenos amigos. Él fue uno de los que sugirió que fuéramos a La Caja de Pino. Decía que el lugar era una verdadera «pasada». No nos íbamos a creer la «pasada» que era. Teníamos que conocer aquella «pasada».

Era una despedida de soltero, así que, al cabo de hora y media en situación de proximidad máxima a una serie de senos femeninos estábamos borrachos, cansados y desorientados. En otras palabras, que no éramos nosotros mismos y ninguno de nosotros estaba en condiciones de ofrecer demasiada resistencia. Totalmente ebrios, nos amontonamos en el interior del coche y seguimos a Ryan a aquella «pasada» de sitio, situado

sólo a unos kilómetros de distancia, sin que, increíblemente, nos molestara un solo agente de policía.

La Caja de Pino no tenía ningún cartel en el exterior que indicara que allí había algo, y mucho menos una discoteca. Parecía un almacén. Paramos en el aparcamiento de un centro comercial que había al otro de la calle, tal como nos había indicado Ryan, y cruzamos hacia el oscuro edificio. Ryan llamó a la puerta y, al abrirse ésta, cuchicheó unos momentos con el portero. Luego entramos.

Ninguno de nosotros sabía en qué se estaba metiendo y lo más probable es que no hubiéramos accedido a hacerlo de haberlo sabido, pero en aquel momento nos dominaba el espíritu de aventura, así que entramos en el almacén, que habían convertido en una improvisada discoteca. Había focos rojos parpadeantes y una atronadora música electrónica, y el olor a cerveza en vasos de plástico era muy fuerte. Las mesas rodeaban un trío de feos escenarios improvisados, sobre los que bailaban las chicas. Reanimadas.

—¡No jodas, tío! —exclamó Joe con voz ebria, pero no sin regocijo—. Esta mierda es la leche. —Mientras se quejaba, fue abriéndose paso hacia el interior. Si alguien hubiese dicho algo, si alguien hubiese protestado, puede que nos hubiéramos marchado. Pero Joe entró, así que entramos todos. Encontró una mesa grande, se sentó y llamó a una camarera. Se notaba que estaba encantado con todo, con la música palpitante, las luces y el olor de la cerveza vertida sobre el suelo de hormigón.

Al cabo de pocos segundos me di cuenta de que la camarera era una reanimada, aunque no tan guapa como las bailarinas, vestida con un reducido traje de cóctel y sin máscara. No me había fijado en que las bailarinas no llevaban máscara porque no llevaban nada en absoluto, pero aquella camarera, con su cabello rubio y fosco y su rostro muerto e hinchado me parecía de una monstruosidad imposible de expresar. No era demasiado vieja en el momento de su muerte, pero sí estaba bastante gorda. Ahora se movía con pasos lentos, arrastrando los pies por el suelo, como una momia extraída de una película de terror antigua. Sin embargo, nos tomó nota y nos sirvió las bebidas sin demostrar impaciencia ni cometer ningún error.

La música estaba alta, pero no tanto como para que fuera imposible hablar y me dio la sensación de que eso era algo importante. La gente acudía allí para mirar, pero también para

establecer contacto. Eran fetichistas de las reanimadas. Hasta aquella noche no había oído hablar de ellos ni sabía que existieran, pero con lo que Ryan nos contó de sus amigos, de sus grupos de Internet y de otros locales clandestinos por toda la ciudad, me puse al día de aquella subcultura. Había gente a la que le ponían los reanimados. Imaginaos.

Joe parecía tener bastante con su borrachera, pero Ryan estaba en la gloria. Se acercó al escenario y empezó a meterles dólares a las chicas en el tanga. Pagó para que una reanimada le hiciera un lento y convulso baile sobre el regazo. Pidió que las reanimadas le frotaran sus reanimadas tetas contra la cara.

Pensé que era el mayor capullo que había conocido nunca y que La Caja de Pino era un sitio asqueroso. Detestaba mirar aquellos cuerpos pálidos e hinchados, con su extraña apariencia de goma. Hasta las que habían sido hermosas en el momento de su muerte resultaban grotescas, y muchas de ellas lucían las cicatrices de las heridas que les habían costado la vida. Una, cubierta de cortes y desgarros, era como una de esas mantas hechas de remiendos. Otra, puede que la más bonita cuando estaba con vida, tenía crueles marcas en forma de «X» en las muñecas. Era algo inexplicablemente horrible, irrespetuoso e inmoral. Nunca había visto a un muerto, y sabía que sólo tolerábamos a los reanimados porque iban bien escondidos detrás de las máscaras y los uniformes que nos permitían olvidar lo que eran en realidad.

Ryan reparó en mi estado de ánimo y trató de conseguir que me metiera en el asunto. Se ofreció a pagar para que una de las chicas bailara sobre mi regazo, pero yo no estaba divirtiéndome ni tenía la menor intención de fingir que lo estaba haciendo.

Dirigí la mirada hacia un punto vacío y traté de no mirar a las bailarinas, aunque, de vez en cuando echara un vistazo de soslayo para asegurarme de que era tan horrible como pensaba. Lo era. Entonces, por el rabillo del ojo vi que una de las bailarinas se detenía. Esto provocó una pequeña conmoción, así que me volví hacia allí. Había una bailarina sobre el borde del escenario, con los brazos caídos a los lados, encorvada y con la mirada clavada en el público. Clavada, me di cuenta, en mí. O al menos eso me pareció. Su mano izquierda estaba doblada en un extraño ángulo y tardé unos segundos en darme cuenta de que se estaba clavando las alargadas uñas en la blan-

da piel de la palma. Su oscura y acuosa sangre de reanimada goteaba sobre el escenario. Acudió una pareja de hombres en vaqueros y camiseta, que empezaron a gritarle órdenes mientras hacían gestos violentos, pero la muchacha permaneció inmóvil, con sus ojos muertos y pálidos clavados en mí.

Y entonces lo supe... La reconocí. Supe quién era, o quién había sido. Maisie Harper. Al comprenderlo me sentí como si me hundiera, como si cayera en picado hacia mi perdición. Yo recordaba aquella cara y, lo que era aún más espantoso, ella recordaba la mía. Se había llevado su secreto a la tumba, pero ahora había regresado de la tumba y traía el secreto consigo. Me miró, nuestros ojos se entrelazaron y fui incapaz de apartar los míos. Entonces abrió la boca y dijo una palabra. Incluso desde la distancia a la que me encontraba me di cuenta de que decía «tú». En ese momento supe que estaba metido en un lío. En aquel instante comprendí que las cosas no volverían a ser iguales.

Sentado en la cocina del apartamento, contemplaba cómo la extraña sangre de reanimada, esa sangre que nunca se coagulaba, se iba secando sobre la toalla. Algunas gotas me habían caído sobre los pantalones. Después de apuñalar a Maisie y de que ella me desafiara abiertamente, le había vendado el brazo y le había dicho que ya había acabado. Ella se había levantado y se había ido a la zona del salón en la que parecía encontrarse más a gusto... si es que esto tenía sentido con los reanimados. Ryan decía que no pueden procesar demasiada información. Su actividad cerebral es muy limitada y su capacidad de sentir o experimentar es mínima. Eso era lo que decía Ryan, pero yo empezaba a tener la sensación de que tal vez no tuviera ni puta idea de lo que estaba diciendo.

Me limpié lo mejor que pude y volví a casa. Era sábado por la tarde y Tori había salido con una amiga para comprarle cosas al niño. Posiblemente hubiera gastado más de lo que podíamos permitirnos, algo que tal vez antes me hubiera molestado, pero ahora tenía otras cosas en la cabeza. Cuando llegué, hacía un buen rato que había vuelto y me preguntó dónde había estado. Estaba allí, extrañamente delgada a pesar del avanzado estado de su embarazo, como un mondadientes que se hubiera tragado una uva. Quiso saber cómo me había manchado los

pantalones de sangre por todas partes. Mentirle me hacía sentir incómodo, así que me enfadé. Detestaba enojarme con ella, pero estaba frustrado. Puede que le dijese que se fuera a tomar por el saco. No tenía muchas ganas de ser paciente, eso lo tengo claro. Hubo gritos y lloros. Me acusó de ser un insensible y yo le dije que estaba comportándose de forma irracional porque estaba preñada y sus hormonas estaban desbocadas. Por lo general, las embarazadas no responden bien a este tipo de comentarios.

El caso es que no solíamos pelearnos así. Normalmente yo no le hablaba así y eso la dejó confundida y enfadada.

El domingo no fue mejor y el lunes fue un desastre en la oficina. No había podido dormir bien y cuando llamó un cliente para quejarse, es posible que no me mostrara tan simpático y atento como conviene en una industria tan competitiva como la de la publicidad. Tuve una discusión con mi jefe, quien se comportó como un auténtico cretino, a pesar de que, por esta vez, probablemente tuviese toda la razón. Las cosas estaban desmoronándose a mi alrededor y tenía que decidir lo que iba a hacer para recomponerlas.

La Caja de Pino tenía una página web protegida con una contraseña. La contraseña de la página se podía conseguir en el local y la contraseña para entrar en el local se obtenía en la página. Ambas contraseñas las cambiaban cada dos semanas, aproximadamente. Era un sistema ingenioso para impedir las fugas de información y para asegurarse de que los habituales no dejaban de acudir.

Me convertí en uno de ellos. Comencé a visitar el lugar con regularidad. Tenía que saber cuánto recordaba Maisie.

Casi todas las veces que iba veía a Ryan allí. Era como si fuésemos amigos o algo así, porque, a pesar de que yo no lo aguantaba y pensaba que era un capullo, tampoco se lo demostraba. Lo cierto es que necesitaba a alguien como él para que me guiara por aquel mundo de mierda y si lo que tenía que hacer para conseguirlo era invitarlo a unas cuantas copas y fingir que me hacían gracia sus chistes, estaba dispuesto a pagar el peaje.

Le iban los reanimados. Supongo que esto resulta obvio, pero no le iban sólo desde el punto de vista sexual. Era todo el lote, sentía el mismo interés por el tema que los típicos fanáti-

cos de Hitler o de la Guerra de Secesión. Devoraba información que la mayoría de la gente, sencillamente, no quería conocer. Leía libros, blogs y artículos de la prensa científica. Se empapaba con los hechos, las fechas, las estadísticas y las anécdotas poco conocidas.

Lo normal es que nos sentáramos en la barra, entre mujeres muertas y semidesnudas que bailaban, y Ryan empezara a largar y largar sobre la historia de los reanimados. Algunas de las cosas que me contaba ya las conocía, mientras que otras eran completamente nuevas.

—¿Te acuerdas de cuando sacaron las primeras fotos del alma al abandonar el cuerpo? —me preguntó una vez—. Eres algo más joven que yo, creo. Yo tenía seis años. Fue increíble.

Yo era demasiado joven para acordarme, pero todos habíamos visto las fotos y los documentales que echaban a altas horas de la noche. Las primeras fotografías las tomó un estudiante del MIT cuyo abuelo estaba agonizando y que había colocado una cámara experimental en la habitación del hospital. Cuando aparecieron, todo el mundo pensó que se trataba de un fraude, pero entonces comprobaron que el proceso se podía repetir a voluntad. De repente, la gente descubrió que el alma era algo real y que abandonaba el cuerpo en el momento de la muerte. Eso cambió nuestras ideas sobre la vida, sobre la otra vida, sobre los cuerpos de los muertos, sobre todo ello, en suma. En cierto modo, cambió la naturaleza de la humanidad. Nuestra mortalidad nos define y ahora que esa mortalidad estaba seriamente cuestionada, ya nadie sabía muy bien lo que éramos en realidad.

—Menuda pasada fue aquello —estaba diciendo Ryan—. Nadie sabía adónde se iba el alma, ¿eh? Puede que subiese hasta las nubes y desapareciera o se convirtiese en lluvia, o lo que sea. Puede que todo el mundo vaya a un sitio en el que experimenta un sufrimiento más horrible de lo que podamos imaginar. No hay forma de saberlo, pero esos gilipollas decidieron que allí arriba había ángeles, arpas y sillas de coro, y eso fue lo que abrió la puerta de todo lo demás. La fotografía del alma se inventó en 1973 y en 1975 ya estaba en el mercado la primera generación de reanimados.

—Eso siempre me ha llamado la atención —dije—. Sólo tardaron dos años en inventar un modo de convertir a los muertos en un producto.

—Es porque ya sabían cómo hacerlo. Eso no te lo enseñan en la escuela dominical. La tecnología la desarrollaron los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Estaban planeando una gran ofensiva para derrotar a los aliados con un ejército de muertos vivientes, pero, por fortuna, la guerra terminó antes de que tuvieran la ocasión de hacerlo. Los norteamericanos guardaron el secreto durante muchos años, pues sabían que nunca podrían utilizarlo, porque la opinión pública no lo permitiría. Pero cuando aparecieron las primeras fotografías del alma, comprendieron que era su oportunidad. Dios, ¿sabes la pasta que ha ganado el gobierno con la venta de las licencias? Y luego están los reglamentos, ¿sabes?

—Los reglamentos —repetí— ¿Qué es eso, algo así como los acuerdos de Alabama?

—La convención de Atlanta, una importante reunión entre la industria y el gobierno para establecer las bases del asunto. Cuando le compras un reanimado a uno de los tres grandes, te avisan de que no debes quitarle la máscara, de que eso arruinaría los procesos de preservación, y creo que la mayoría de la gente obedece. Nadie quiere que sus reanimados se le descompongan encima. Luego están las revisiones trimestrales. Si un reanimado no las pasa, aunque sólo sea una vez, la licencia queda anulada y te lo puede confiscar la policía.

Ryan también estaba muy interesado en la procedencia de los reanimados.

—Pagan como... no sé... unos siete u ocho mil dólares, pero en este país no hay mucha gente dispuesta a vender su cuerpo para una esclavitud eterna, así que la mayoría de los reanimados procede de África o Asia. Siempre he pensado que ésa es una de las razones de las máscaras y los uniformes. Creo que muchos norteamericanos blancos se sentirían incómodos si tuvieran que mirar a la cara a sus reanimados negros. Les parecerían zombies, supongo.

—¿Y de dónde vienen éstas, entonces? —pregunté. La mayoría de las bailarinas eran muchachas jóvenes y blancas.

Ryan se encogió de hombros.

—Algunas de ellas de Europa del Este, aunque no son muy abundantes, porque sólo te sirven las que hablaban inglés cuando todavía estaban vivas. Aun así, no te haces idea de cuántas desgraciadas lituanas están intentando aprender inglés para poder vender su cuerpo. En cuanto a las norteamericanas, son

drogadictas, gente con enfermedades terminales que quiere dejarles algo a sus familias, o lo que sea. Muchas de ellas venden su cuerpo en el mercado negro. Sacan menos, pero no hay que pagar impuestos. ¿Que una titi calentorra se queda preñada y no tiene para costearse el aborto? Pues vende su cuerpo, con la esperanza de volver a comprarlo luego. Ése es el truco, ¿sabes? Siempre puedes comprarlo de nuevo. ¿Cuántos de los reanimados crees que estaban convencidos de que podrían hacerlo antes de palmarla? Hasta los compradores del mercado negro te lo permiten, porque saben que la gente se convence de que podrá hacerlo. Pero al final, casi nadie lo hace.

Me pregunté si sería eso lo que le había sucedido a Maisie Harper. Un problema grave que no podía contarles a sus padres y que la llevó a empeñar su cuerpo, convencida de que tenía tiempo de sobra para recuperarlo.

—Pandilla de gilipollas... —dijo Ryan—. Se convencen de lo que sea. Da miedo pensar que sólo porque una chica creía que aún le quedaba tiempo, puedes venir aquí cuando te apetece y comprarla como quien va a la panadería a por una barra de pan.

Hasta ese momento no sabía que se pudieran comprar las reanimadas de La Caja de Pino. Eso lo cambió todo.

—¿Quieres decir que podría... que cualquiera podría comprarse a una de esas chicas?

—¿Es que te lo estás planteando? No sería fácil explicárselo a tu esposa, pero sí. O sea, no es como un escaparate. No puedes entrar, señalar a una y decir «me llevo a ésa», pero a veces están dispuestos a venderte una si tienen de sobra o no funciona bien. —En aquel momento señaló a Maisie con los dedos—. Como ésa. Seguro que lo has pensado.

Me volví hacia él.

—¿Y eso?

Sonrió.

—Oh, no sé. Parece sentir un interés especial por ti y tú por ella. Me la he tirado, ¿sabes? —Volvió a sonreír—. Es material de primera. Te apuesto algo a que te la dejan barata. Si es que realmente estás interesado en una reanimada averiada...

Me sentía como si estuviera flotando dentro de mi propio cuerpo. ¿Estaba sugiriendo Ryan que sabía lo mío con Maisie? ¿Cómo era posible algo así? Pero aunque lo fuera, ¿qué importaba? Éramos hermanos en nuestro depravado y abominable

amor a los reanimados, ¿no? Pero lo más importante era la idea que me había dado. Allí vendían a las reanimadas.

Comprar a Maisie. Era demasiado bueno para ser verdad. Parecía como si todas las estrellas estuvieran alineándose para facilitarme la vida, o al menos para sacarme de complicaciones insoportables. Vendían a las reanimadas, así que tal vez estuvieran dispuestos a venderme a una concreta, a Maisie.

Ryan debió de fijarse en mi expresión. Se echó a reír.

—Quizá deberías probar la mercancía antes de hacer algo precipitado.

—¿Probar la mercancía?

Asintió.

—Son sólo cien dólares. Tienen habitaciones atrás y te dan una hora entera. Puedes elegir a la chica que quieras. Si está en el escenario, está disponible. Pero si estás planteándote comprar una, es mejor que la pruebes primero.

Me volví hacia Maisie. Estaba bailando en la barra, muy lentamente, con la mirada clavada en mí. La idea de practicar el sexo con ella, con cualquiera de ellas, me resultaba totalmente repulsiva.

—Ni de coña —dije.

—No te cierres en banda. Si nunca has follado con una reanimada, no sabes lo que te pierdes. Les encanta, tío. Ni te imaginas cómo se meten en ello. Cuando lo hacen, es como si estuvieran vivas. Hablan casi como la gente normal. El sexo y el dolor las ponen así.

—¿Cómo sabes lo del dolor? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Cada persona tiene sus propios intereses. Aquí te encuentras con todo tipo de fanáticos de los reanimados. A algunos les va el sexo. A otros... cosas más fuertes.

La idea no me interesaba. Si a la gente le gustaba torturar a los muertos, era problema suyo. Yo estaba pensando en Maisie y en el sexo. En lo que había dicho Ryan, en que parecían más humanos y hablaban. Eso significaba que Maisie podía contarle cualquier cosa a cualquiera. La verdad es que no quería hacerlo, pero tenía que saberlo.

Le pagué los cien dólares a Yiorgio, uno de los propietarios de La Caja de Pino. Era un griego bien parecido, con una coleta

larga y la constitución de un defensa de fútbol americano. A primera vista uno se esperaba a una persona seca y despectiva, pero en realidad era bastante amable. Tenía un acento muy marcado, pero se mostraba solícito y relajado, como si practicar el sexo con una reanimada fuera la cosa más normal del mundo. Conseguía que sus clientes se sintieran como en casa, lo que supongo que hacía de él un buen hombre de negocios.

Con Maisie, la situación fue un poco incómoda. Se acercó a nosotros sin llevar más que un tanga.

—¿Quieres ir con el señor Walter Molson? —le preguntó Yiorgio—. Es todo un caballero.

Al oír mi nombre me encogí. No quería que ella lo supiera. Reconocía mi cara, pero hasta aquel momento, no sé cómo podía haber sabido mi nombre. Ella no reaccionó, y me dije que tal vez esa información se hubiera perdido en el interior de su cerebro muerto.

Me siguió al cuarto que Yiorgio nos había asignado. Me esperaba algo de una inefable sordidez, una habitación mugrienta con paredes de hormigón gris y una colchoneta estirada sobre el suelo, pero, en cambio, se trataba de un espacio muy pulcro y agradable, con una cama y varias sillas. La habitación estaba muy bien iluminada, las paredes estaban recién empapeladas y decoradas con cuadros de paisajes, bodegones y ese tipo de pinturas sosas que suelen encontrarse en los cuartos de los hoteles. La cama parecía recién hecha. A todas luces, Yiorgio era un tipo con clase.

Cuando cerré la puerta, Maisie estaba allí, mirándome sin pestañear. Yiorgio me había dicho que siempre que hablara con ella tenía que comenzar la orden con su nombre porque, si no, era posible que no me escuchara.

—Maisie —dije—, siéntate en la cama.

Se sentó.

Allí estaba yo, en aquel pequeño cuarto en compañía de Maisie. Ella estaba sentada en un lado de la cama, con la expresión tan vacía y los ojos tan inmóviles como los de una muñeca. Se encontraba prácticamente desnuda, pero ajena por completo a ello. Había sido preciosa en vida, bien lo sabía yo, y seguía siéndolo después de muerta... si a uno le gustaban esa clase de cosas. Pero a pesar de sentir el sorprendente calor de su proximidad, no tenía la menor intención de practicar el sexo con ella. Era una cosa, una criatura muerta, un cadáver reactivado por alguna

misteriosa y desalmada tecnología, cosa que no me excitaba lo más mínimo. Y además, estaba la culpa. No quería ser la clase de persona que, después de haber matado a una mujer, se tira a su cadáver. No era así como me veía a mí mismo.

—Maisie —dije—. ¿Sabes quién soy?

No reaccionó.

—Maisie, ¿recuerdas haberme visto antes?

De nuevo nada. Era preferible a recibir una respuesta, pero no bastó para aplacar mis temores. Ryan decía que salía todo a la superficie durante el acto sexual y yo sabía que no estaba haciendo más que retrasar lo inevitable. Intentaba encontrar otro modo de averiguar lo que quería saber, pero no parecía haberlo. Inhalé profundamente y le ordené que se quitara el tanga y se tendiera sobre la cama. Lo hizo.

Me desnudé. Había temido no poder hacerlo, pero creo que su desnudez y la mía bastaron para que las cosas empezaran a funcionar. Su cuerpo era extrañamente cálido, aunque tenía algo que no parecía calor corporal. Era más como una especie de reacción química que estuviera produciéndose por debajo de su piel. Y la textura no era la normal. No parecía piel, del mismo modo que su carne no parecía carne. Estar sobre ella era como estar tendido sobre un globo lleno de agua. No quería lamerla, ni chuparla, ni morderla, ni tan siquiera pasarle las manos por encima. Sólo quería hacer lo que tenía que hacer y ver lo que pasaba.

Fue como había dicho Ryan. Se metió en ello. Se metió muchísimo. Se cimbreado violentamente, me agarró y comenzó a gruñir, a gemir y murmurar. Y a mitad del acto, los murmullos se convirtieron en palabras.

—Joder —dijo—, tú me mataste. Estoy follando contigo y me mataste. Tú me mataste, Walter Molson.

Me aparté de ella de un empujón y retrocedí tambaleándome hacia la pared. Era peor de lo que había pensado. Mucho peor. Al prestarme a practicar el sexo con ella, al colocarme en una posición en la que podía averiguar mi nombre había empeorado aun más las cosas. Iba a tener que hacer algo al respecto, y pronto.

El auténtico comienzo de esta historia tuvo lugar dos años antes de todo esto. La hermana de Tori, que estaba pasando por

una mala racha con su marido, estaba planteándose la posibilidad de divorciarse de él y Tori quería marcharse a California unos días para estar con ella. No llevábamos mucho tiempo casados e iba a ser la primera vez que me quedaba solo en la nueva casa. Yo amaba a mi esposa y me encantaba vivir con ella, pero también estaba emocionado por la perspectiva de la soledad, que a veces echaba de menos. Cuando te paras a pensarlo un poco, te das cuenta de que no puedes recordar la última vez que pasaste más de una hora o dos sin que hubiera otra persona cerca.

La primera noche que estuvo fuera, yo llegué a casa agotado del trabajo y, básicamente, dormí como un tronco. La segunda noche, un sábado, fue otra cosa. Pensé en llamar a un par de amigos para salir, pero, por alguna razón, me pareció que era una pena no aprovechar una casa vacía. Me apetecía estar tranquilo y solo, y no quería estropear la sensación con la compañía de nadie. Pedí una pizza, me puse a ver un partido de béisbol en la televisión y me preparé para disfrutar de una noche sin tener que preocuparme por la pulcritud ni por dejar la caja de pizza sobre la mesita de café hasta la mañana siguiente.

Saqué la botella de Old Charter. Juro que pensaba echar solo un trago. Puede que dos, como mucho. No tenía ganas de emborracharme y, además, sabía que si bebía demasiado caería dormido enseguida. Pero, por alguna razón, no paré. El partido de la televisión estaba muy interesante y los lanzamientos se sucedían de forma vertiginosa. Al dar las once de la noche estaba borracho como una cuba.

A la una de la mañana me parecía un crimen contra la humanidad que no hubiera helado en la casa, como si alguien de la Oficina de la ONU sobre Postres fuera a aparecer en la casa para interrogarme a punta de pistola si no lo arrojaba cuanto antes. Era consciente de que estaba borracho, muy borracho, y de que conducir en tales condiciones era una idea que podía definirse, según los gustos, como poco aconsejable o directamente estúpida. También era consciente de que había una tienda de comestibles a menos de un kilómetro de casa. Una fugaz salida a la carretera, cuatro señales de stop y punto. No tenía ni que girar el volante. Podría haber ido caminando. El aire me habría sentado bien. Pero, como no se me ocurrió la idea, me ahorré el inconveniente de decidir que no tenía ningunas ga-

nas de andar. Tampoco se me ocurrió otra cosa: encender los faros.

Esto ya era bastante malo de por sí, pero saltarme el segundo stop fue aún peor. No es que estuviera toqueteando la radio, ni distraído por nada. Simplemente no lo vi y no me acordé de que estaba allí. Sin la luz de los faros, la señal era invisible. Tenía la vaga sensación de que debía parar en alguna parte por allí y entonces sentí que mi automóvil chocaba contra algo. Unos momentos después comprendí que tenía que detenerme y, tras perder algún tiempo tratando de encontrar el pedal del freno, conseguí, por fin, parar. Pensé que era un borracho estúpido y que tendría que haber encendido las luces antes pero, del mismo modo, comprendí que ya no debía hacerlo.

Saqué la linterna de emergencia de la guantera y pasé unos momentos tratando de recordar cómo se encendía, pero al cabo de unos instantes lo tenía todo bajo control. Salí del coche y recorrí tambaleándome la treintena de metros que había avanzado el coche después de golpear lo que fuese que había golpeado. Mi mayor temor, lo juro, era haber embestido un cubo de basura, o puede que un perro o un gato, pero al acercarme a la señal de stop, la vi tirada sobre el asfalto, con los ojos abiertos y la boca rebosante de sangre. Se oía un terrible traqueteo cada vez que respiraba y la parte superior de su cuerpo se estremecía violentamente. Entonces vi el estado en el que estaba su cráneo. Vi sangre, pelo y sesos. Levantó una mano débil hacia mí y abrió los labios como si quisiera decir algo. Aparté la mirada.

Nadie se conoce realmente hasta que se ve a prueba. Yo siempre me había tenido por la clase de tío que hace lo que debe hacer, pero resultó que no era así. En aquel momento me di cuenta de que estaba borracho, de que había estado conduciendo sin luces y de que la chica iba a morir. Podía ver sus sesos y, prácticamente, estaba oyendo sus últimos estertores. Nada de lo que yo pudiera hacer lograría salvarla, y menos mal, porque de haber tenido la oportunidad de hacerlo, no puedo asegurar que la hubiese aprovechado. Aun así, habría tenido que llamar a Emergencias y llevaba encima el móvil. Pero si lo hacía, estaba acabado. Acabaría en la cárcel, con mi vida arruinada. Podría olvidarme de todo lo que era y todo lo que aspiraba a ser.

A mi alrededor estaba muy oscuro. No había luces. No se

oían ladridos. Nadie sabía que estaba allí. En un instante tan claro como decisivo, volví al coche, di media vuelta, pasé junto a la chica a la que había atropellado y logré regresar al garaje. Para mi sorpresa, no encontré el menor indicio de daños en el coche. Estaba borracho como una cuba y lo sabía, lo que significaba que no podía confiar en mi juicio, pero a mis ojos hinchados, todo parecía estar bien. Así que, incapaz de pensar en otra cosa, subí al piso de arriba, me desvestí, hice algo parecido a lavarme los dientes y me metí en la cama.

Por la mañana, resacoso y lleno de pánico, fui a revisar el coche. Nada. Ni sangre, ni arañazos ni abolladuras. Para asegurarme, lo llevé a un túnel de lavado. Sólo entonces empecé a relajarme.

El asesinato de Maisie Harper, pues así lo definieron, fue una gran noticia durante aproximadamente un día, pero entonces esta condición se la arrebató un huracán que se dirigía hacia el condado y la gente dejó de preocuparse por ella. El huracán no llegó a tocarnos, pero sí que se desató a unos trescientos kilómetros al norte, lo que generó la suficiente atención informativa como para mantener el nombre de Maisie, aunque su cuerpo, bien enterrado.

Como es lógico, la poli siguió trabajando y el caso llegó a los periódicos, pero sólo a las últimas páginas, en forma de pequeños artículos. Al principio nadie tenía ninguna pista sobre el asesinato de una estudiante universitaria de veintiún años que estaba en casa de vacaciones y había salido de noche a dar un paseo porque no podía conciliar el sueño. Luego la policía comenzó a sospechar de su novio. Cuando lo arrestaron, tuve la sensación de que podría respirar hondo porque el chico iba a cargar con mis culpas. Quería que la policía lo encarcelara. No me molesté en pensar que el chico no lo había hecho, que estaría destrozado por lo que le había sucedido a una chica a la que tal vez quisiera y que, con toda probabilidad, le gustaba mucho. Lo único en que podía pensar era que si lo encerraban a él, yo podría dormir tranquilo. Pero no lo encerraron. Lo soltaron sin decir nada, aparte de que iban a seguir otras líneas de investigación. Todos los días, yo me asomaba a la ventana esperando ver los coches de policía que me llevarían de allí, esposado y cubierto de vergüenza. Pero los coches no aparecieron. Nunca sospecharon de mí y nunca vinieron a buscarme. No había testigos. Nadie había visto ni oído nada y, con

el paso del tiempo, la historia terminó por desinflarse. Con todo esto aprendí algo muy importante sobre mí. Podía hacer algo terrible y vivir con ello, y cuando las cosas se ponían feas, era capaz de mantener la sangre fría.

Terminada mi hora, fui a ver a Yiorgio a su despacho, detrás del escenario.

—¿Se lo ha pasado bien, amigo?

—Quisiera comprarla —respondí.

Se echó a reír.

—Ya veo que se lo ha pasado bien. Ryan me ha dicho que no había estado nunca con una reanimada, ¿verdad? Quizá debería probar con otras antes de tomar la decisión.

—No quiero probar con otras. Me gusta ésa. ¿Cuánto?

—Ha sido usted buen cliente, así que no quiero engañarlo. Maisie es una chica difícil. No siempre escucha. Podría convertirse en problema para usted y no quiero que venga a decirme que ya no le gusta porque es demasiado complicada. Podría decirme que quiere que devuelva el dinero.

—No lo haré —dije—. No le pediré que me devuelva el dinero. Sé cómo van estas cosas.

Se encogió de hombros.

—Mientras lo entienda... Pero quiero decirle una cosa. A los reanimados les damos el nombre que queremos. Ésta vino y nos dijo el suyo, lo dijo ella. No atiende a ningún otro. Tiene una voluntad muy fuerte.

Asentí. Aquello no estaba sino reforzando mi determinación de sacarla de la circulación. La chica sabía quién era. Sabía quién era yo. Ignoraba si el testimonio de los reanimados tenía validez legal, pero tampoco quería averiguarlo.

—Quiero comprarla —repetí.

—Vale, amigo. Está muy decidido, ¿eh? Puede quedársela por ocho mil dólares. En metálico y por adelantado, espero que entienda. Eso sí, incluye garantía de por vida.

Ocho mil dólares era un buen precio. Un reanimado económico de cualquiera de las tres grandes no me costaría menos de quince mil. Aun así, no sabía de dónde iba a sacar tanto dinero. No teníamos ahorros de importancia, sólo un colchón de seguridad de unos mil quinientos, como mucho. Pero tenía algunas ideas.

—Le traeré el dinero —dije—. Pronto. No la venda hasta entonces.

—¿Quién soy yo para destruir un amor de verdad? —preguntó Yiorgio.

Regresé absorto a mi silla. Casi ni me di cuenta de que Ryan seguía allí hasta que empezó a darme golpes en el brazo y a preguntarme si me había gustado.

En aquel momento se unió a nosotros otro tío, un habitual del local llamado Charlie, más viejo y sin más pelo en la cabeza que una tira de cabello cano y una perilla de color blanco. Vestía con mucha elegancia y hablaba de manera parsimoniosa. Como un hombre rico.

—Te presento a Walter —le dijo Ryan—. Maisie tiene... Ya sabes.

No tenía la menor intención de preguntarle a qué se refería. Era mejor hacerse el chulo, fingir que era uno de ellos.

Nos sentamos a una mesa y estuvimos charlando y bebiendo un rato, hasta que, finalmente, Charlie se volvió hacia mí.

—Mañana por la noche celebros una fiesta en mi casa. Ryan ya está al corriente y creo que es hora de que te unas a nuestro círculo. Es la clase de cosa que un hombre de tu paladar no querría perderse.

No me sería fácil explicarle a Tori adónde iba a ir sin ella. A esas alturas estaba ya de unos cinco meses y se le empezaba a notar de verdad. Todavía le quedaba mucho por engordar, pero llevaba poco tiempo en aquel estado y estaba muy sensible. Intentad convencer a una esposa embarazada de que no se preocupe por su aspecto. Intentad explicarle que estaba desesperada por quedarse embarazada y ahora que por fin lo ha conseguido, quizá sería buena idea que dejara de quejarse por ello. Comparado con tratar con una embarazada cohibida por su aspecto, negociar con Corea del Norte es un juego de niños. Ryan y Charlie me habían hablado de un modo que inducía a sospechar que si no acudía a su fiesta, nunca confiarían en mí, nunca me considerarían uno de ellos. No sabía las cábalas que podía haber hecho Ryan sobre Maisie y yo, y no quería darle razones para hacerlas.

Tori se enfureció conmigo, por supuesto. Siempre estaba por ahí, me dijo. Le ocultaba cosas. Era uno de esos capullos

que se dedican a engañar a su esposa embarazada porque se ha puesto gorda y fea. Como es natural, le dije que nunca había tocado a otra mujer, pero ella no me creyó, cosa que me fastidió bastante. Terminé marchándome a la fiesta de Charlie con el tintineo de sus gritos en los oídos y la modesta satisfacción de salir dando un portazo.

Charlie vivía en un barrio antiguo y lleno de árboles, en una casa tan grande que, con sus casi seiscientos metros de parcela y su elegante decoración, resultaba intimidante. Ryan se encontraba allí, así como algunos clientes de La Caja de Pino a los que reconocí, pero a pesar de ello, al principio me costó sacudirme de encima la sensación de que todo el mundo me estaba juzgando por mis espeluznantes predilecciones. Bebí demasiada cerveza y demasiado rápido, aunque eso me ayudó a mostrarme sociable y facilitó las cosas. La cerveza nos la servían unas reanimadas sin máscara y vestidas de esmoquin. Todas, descubrí enseguida, eran del mercado negro. Eso contribuyó mucho a aplacar mi nerviosismo. Charlie tenía reanimadas ilegales en su casa. ¿Por qué no iba yo a tener una?

La fiesta se prolongaba ya un par de horas, sin que hubiera en ella nada diferente a lo convencional. Simplemente, gente que hablaba y comía canapés de las bandejas. Ryan nos había prometido algo salvaje, pero yo empezaba a pensar que allí faltaba algo. Entonces, a eso de las diez de la noche, salimos todos al jardín, delimitado por una valla. La atmósfera cambió al instante. Se volvió tensa y cargada, impregnada de una expectación de naturaleza casi sexual. Todos hablaban entre susurros. Un par de hombres incluso se reían nerviosamente entre dientes. Les pregunté qué iba a suceder, pero no quisieron contármelo.

—Mejor que te sorprenda —dijo uno de ellos, y entrechocó las palmas con su amigo.

Habían colocado un plástico grueso en el centro del jardín y Charlie ordenó a uno de sus reanimados que se situara sobre ella. La criatura caminó pesadamente hasta el centro del plástico y se detuvo. Charlie le dijo que se volviera hacia los presentes y la criatura lo hizo. Tenía el mismo aspecto de cuarentón que en el momento de su muerte. Era un hombre ligeramente corpulento, con el cabello pelirrojo y escaso, y unos ojos tristes de color gris.

Charlie se volvió hacia sus invitados.

—A ver, chicos —dijo—, éste es Pequeño Johnny.

—¡Hola, Pequeño Johnny! —exclamaron los presentes.

—Últimamente, Johnny tarda un poco en obedecer las órdenes —dijo Charlie—. No es que sea desobediente, pero se está haciendo viejo.

—¡Ayyy! —respondieron los invitados de Charlie.

—¿Qué me decís? ¿Lo retiramos?

Los invitados de Charlie prorrumpieron en vítores.

Charlie se volvió hacia el reanimado.

—Johnny, chaval, ¿tendrías la amabilidad de quitarte la ropa para nosotros?

Con la abúlica y mecánica eficiencia que caracterizaba a su condición, Johnny comenzó a desvestirse. Quizá por costumbre o quizá porque así lo habían instruido, doblaba cada prenda antes de dejarla sobre el plástico. Una vez que terminó, se volvió hacia nosotros como su madre lo trajo al mundo. A juzgar por su aspecto, debía de haber muerto en algún accidente. Tenía el torso hecho una pena, no exactamente con cicatrices, sino despellejado y amoratado en algunas partes. El vientre se le había dilatado y la carne estaba hinchada, mientras que el pene y los testículos se habían encogido tanto que resultaban casi invisibles. Los invitados de Charlie alzaron las copas y brindaron a su salud.

—Johnny, chaval —le ordenó Charlie—, ten la bondad de estirar los brazos.

Johnny estiró los brazos.

En ese momento llegó otro reanimado con algo parecido a un viejo y manchado delantal de carnicero, que le ofreció a Charlie. Después de ponérselo, Charlie fue a buscar un hacha que, evidentemente, había dejado allí para la ocasión, a pesar de que yo no había reparado en ella hasta el momento.

Nuestro anfitrión se volvió hacia los invitados con el hacha en las manos.

—¿Listos para despedir a nuestro amigo Johnny como unos señores, chicos?

Los invitados manifestaron sin ningún género de dudas que lo estaban. Yo retrocedí un paso. Al fin comprendía lo que estaba sucediendo, la grotesca singularidad de todo aquello. ¿Qué significaba? ¿Era un crimen? ¿Era un acto cruel, siquiera? No lo sabía, pero tampoco quería saberlo, ni presenciar lo que iba a suceder. Y sin embargo, era consciente de que sería un

error marcharme, e incluso mostrar mis sentimientos, hacer sentir a toda esa gente que me creía mejor que ellos... como así era, por cierto. De modo que me quedé donde estaba y me obligué a mirar.

Tras tomarse un momento para dirigir una sonrisa lobuna a sus invitados, Charlie levantó el hacha y la descargó sobre uno de los brazos estirados de Pequeño Johnny. El miembro cayó rodando sobre el plástico, donde siguió moviéndose, mientras el muñón permanecía estirado, chorreando un líquido negro y acuoso. Pequeño Johnny se puso a chillar. No movió las piernas. Apenas movió la cabeza, pero gritó, chilló y aulló. Los invitados aplaudieron. La gente gritaba, vitoreaba y bebía a la salud de su sufrimiento.

—¡Los frenos! —gritó—. ¡Oh, Dios mío, el camión, el puto camión...!

Los invitados volvieron a vitorearlo.

Charlie le entregó el hacha a Ryan, quien cercenó el otro brazo de un golpe rápido y limpio. Pequeño Johnny seguía profiriendo sus gritos, que a veces eran meros aullidos y otras comentarios inteligibles sobre el inminente choque con el camión. Los miembros segados seguían manando aquella sangre negra, como grifos que alguien hubiera dejado abiertos. Entonces le pasaron el hacha a otro amigo y éste le cortó una pierna. El cuerpo cayó al suelo, pero sus gritos no cesaron. No parecía saber lo que estaba ocurriéndole en aquel momento, sino sólo revivir el pasado, su muerte, que era vívida, real e inmediata. Y los invitados estaban encantados.

Yo permanecí en el sitio, asqueado y horrorizado, mientras le cortaban la última pierna y el gentío se apelotonaba a su alrededor para reírse, señalar y vitorear al torso desmembrado. Era imposible que hubiese contenido la respiración durante todo ese tiempo, pero si alguien me lo hubiera preguntado, habría jurado que no había respirado desde el momento en que la emprendieron a hachazos con el cadáver hasta que finalmente echaron los trozos al fuego y allí, tras arder un rato, finalmente quedaron inmóviles y en silencio.

Después de eso, la fiesta empezó a decaer, pero aún era muy temprano, y yo estaba demasiado afectado para volver a casa. Quería estar seguro de que Tori estaba dormida cuando llega-

ra allí, para no tener que enfrentarme a ella. Fui a una de las barras y bebí de más, pero había aprendido la lección. A pesar de que ahora llevaba un coche al que se le encendían los faros automáticamente, me aseguré de que estuvieran encendidos antes de volver a casa, más o menos a la una de la mañana.

Como las luces de la casa estaban apagadas, pensé que estaba a salvo, pero al cruzar la puerta me la encontré allí, esperándome, sentada en la oscuridad.

—¿Qué está pasando, Walter?

—No sé a qué te refieres —dije—. Sólo quería salir a dar una vuelta con algunos amigos. Joder, eres la única esposa en Estados Unidos que no quiere que su marido salga de casa de vez en cuando.

—Te han llamado mientras estabas fuera —dijo.

—¡Una llamada! ¡Oh, Dios mío, una puta llamada! No me extraña que estés tan enfadada.

Pasé a su lado tambaleándome un poco.

—No sé quién era. Era una mujer. Parecía retrasada, o algo así. Creo que ha dicho tu nombre, pero el resto no he podido entenderlo.

—Joder, Tori —grité—. Se habrán equivocado de número. ¿Me estás dando por saco por una llamada equivocada? ¿Has perdido la cabeza?

Subí airado las escaleras y ella no me siguió. Al cabo de unos quince o veinte minutos, deduje que iba a quedarse a dormir en el sofá. Pues muy bien. Así tendría tiempo para pensar qué demonios iba a hacer con Maisie, que ahora se dedicaba a llamar a mi casa. Debía de haberlo hecho mientras practicaba el sexo, o justo después de hacerlo, o mientras se clavaba a sí misma un cuchillo o algo. La cuestión es que, casi con toda seguridad, alguien le había visto hacerlo. Puede que ese alguien no lo hubiera entendido en aquel momento, pero ¿y la próxima, o la próxima?

Dos días después fui a La Caja de Pino y compré a Maisie. Me la llevé al apartamento y la dejé allí. Las cosas fueron bien durante unos dos meses. Entonces todo se vino abajo.

Tras el incidente de las flores decidí que debía visitarla con más regularidad. La siguiente vez que estuve allí, tenía flores nuevas y había colocado una pecera con dos peces de colores sobre

la repisa de la chimenea. A su lado había un pequeño bote de comida para peces. Por su parte, Maisie, estaba inmóvil y sin vida, como siempre que yo llegaba.

—Maisie —dije—, ¿quieres algo? ¿Necesitas algo? ¿Hay algo que pueda hacer para que seas feliz?

No respondió.

—Me gustan tus peces —probé.

Nada.

—Maisie, te ordeno que no dejes el apartamento.

Su cabeza se movió, sólo un poco. Nada más, pero sabía que en su interior estaba riéndose de mí. Aquella criatura muerta estaba riéndose de mí y pretendía joderme la vida todo lo que pudiera. Joder, las flores, los peces... Estaba jugando conmigo, torturándome. Podía arruinarme la vida en cuanto quisiera, joder, sólo que quería prolongarlo. Quería vengarse.

El día siguiente fue una pesadilla. Mierdas de mi jefe y agotamiento por falta de sueño. Nada más salir de allí me dirigí al apartamento de Maisie. No sucedió nada. Maisie se comportó como cualquier reanimada normal y corriente, y empecé a pensar que me había aterrorizado sin razón. Puede que fuese de un lote defectuoso y ya hubiese terminado todo.

Entonces, el martes, las cosas estallaron.

Me encontraba en mitad de otro día espantoso cuando llamó la recepcionista.

—Humm, Walter, necesito que vengas un momento. Hay alguien aquí que quiere verte.

—¿Quién es?

—Por Dios, Walter, tú ven.

Fui a la recepción y allí estaba Maisie, con el uniforme y sin la máscara, con los ojos y el pelo de una loca. Se encontraba frente al mostrador de la recepcionista, con la palma de una mano extendida, en carne viva y ensangrentada. Con la otra sujetaba un trozo de cristal. Volvió a clavarse el cristal en la palma de la mano. En las inmediaciones se encontraban la recepcionista, uno de los publicistas de la agencia y un chico del departamento de mensajería. Todos estaban mirándola fijamente.

—Ahh —gritó—. Walter. Walter Molson. Walter Molson.

En ese momento apareció Xander, mi jefe.

—¿Qué diablos es esto, Walter?

—No lo sé —dije—. No lo sé.

—Saca esa cosa de aquí —dijo—. No sé en qué andas metido, pero llévate tus perversiones ilegales a otra parte.

Conseguí meterla en el ascensor —vacío, gracias a Dios— y luego en mi coche. La introduje a empujones en el asiento trasero y la llevé hasta su apartamento. Tras dejarla en el dormitorio, llamé a un cerrajero para que cambiara la cerradura por una de esas que hay que abrir con llave incluso desde dentro. Se suponía que no podía hacer tal cosa, pero a esas alturas eso me importaba un pimiento. El juego estaba llegando a su final. Lo sabía. Tenía que librarme de Maisie y sabía exactamente cómo hacerlo.

Cuando terminaron de cambiar la cerradura, llamé a Ryan para pedirle el número de Charlie y luego lo telefoneé.

—Oye —le dije—. ¿Cada cuánto celebras una de tus fiestas? Oí el ruido que hacía al encogerse de hombros.

—Unas dos o tres veces al año, más o menos

—El caso es —dije— que tengo una unidad... —no quería hablar de reanimados por teléfono—. Quiero deshacerme de ella.

—Maisie, ¿eh? —dijo con tono risueño—. Ya me imaginaba que las cosas podían terminar así. Pero no hace falta organizar una fiesta entera para divertirse. Algo más sencillo puede dar un resultado igual de bueno. Tráetela el sábado por la noche. Prepararemos las cosas para vosotros.

No fui a trabajar el resto de la semana. No llamé a la oficina y no me llamaron desde allí. Supuse que había perdido el trabajo. La noche del sábado salí, sin que Tori se molestara en discutir. Las cosas no habían vuelto a ser iguales después de la pelea que habíamos tenido la noche de la fiesta de Charlie. Pero mejorarían, estaba seguro. Mejorarían cuando me hubiese encargado de Maisie. Todo estaría arreglado dentro de muy, muy poco.

Recogí a Maisie y la llevé a casa de Charlie. Contaba con encontrarme con media docena de tíos, o menos, pero había entre veinticinco y treinta personas allí, casi tantas como el día de la fiesta. Saqué a Maisie del coche y la llevé dentro.

—Caray —dijo Charlie—. ¿Seguro que quieres librarte de ella? Está bastante buena...

—Confía en mí —le dije—. Está averiada. No te gustaría.

No insistió más. Ordenamos a Maisie que se quedara en medio del salón y fuimos a por unas cervezas que había en un cubo grande, en la cocina. Algunos de los chicos, incluido Ryan, dijeron que querían probarla antes del final y pensé que sería una descortesía negarse. Asentí y dejé que se la llevaran al dormitorio. En total serían unos ocho los que estuvieron con ella. Por un momento temí que pudiera hablar, pero aquél no era el tipo de gente que acude a la policía con sus sospechas.

Sobre las once la sacaron al patio, donde volvía a estar el plástico. Se había quedado desnuda tras su paso por el dormitorio y la coloqué orientada hacia los invitados. Sabía que tenía que hacerlo, pero aun así no me parecía bien. En realidad no importaba. No tendría que haberme importado. Llevaba mucho tiempo desnudándose antes de que yo entrara en aquella discoteca y la habían sometido a cosas mucho más degradantes. Yo mismo lo había hecho. ¿Qué le importaba una indignidad más a un cadáver animado que se mantenía en funcionamiento gracias a una especie de espeluznante batería biológica? Pero yo sabía que no era tan sencillo como siempre habíamos creído. Sabía que sería una indignidad. Sin embargo, al margen de lo que Maisie fuese ahora, su miserable existencia se merecía un final en el que se le mostrara un poco de respeto.

Por desgracia yo ya no podía mostrárselo. Necesitaba que la destruyeran y no tenía agallas para hacerlo yo mismo. Eso lo sabía perfectamente. Necesitaba que aquellos tíos me hicieran el trabajo sucio y les daría lo que quisieran, dejaría que la utilizaran a su antojo, con tal de que me librasen de ella. Además, sabía que Maisie conservaba aún una especie de voluntad propia. Podía negarse si quería. Yo deseaba que lo hiciera, de hecho. Eso me habría hecho sentir mejor y, además, les habría demostrado a los demás por qué había que destruirla.

Charlie apareció con el hacha y, a pesar de las muchas ganas que tenía de marcharme, no pude resistir la tentación de echar una última mirada a Maisie, allí desnuda, en el fresco de la noche. Estaba mirando en dirección a mí, pero sus ojos vidriosos, en lugar de cruzarse con los míos, apuntaban a la nada. En ese momento me sentí justificado. En realidad no era más que una especie de máquina biológica que se había estropeado. Aquello no era un asesinato. Nada más lejos de la realidad. Más bien era un acto de misericordia.

Entonces Charlie me ofreció el hacha.

—Tú primero —dijo.

Sacudí la cabeza.

Insistió.

—No, tío. La fiesta la empiezas tú.

«Bueno, joder», pensé. Ya estaba metido hasta el cuello. A fin de cuentas ya la había matado una vez. No tenía sentido mostrarse escrupuloso ahora. Le dije que extendiera un brazo y lo hizo. No me miró. Su rostro no tenía expresión alguna. «Puede que lo quiera, puede que quiera esto —pensé—. Puede que quiera dejar de ser una reanimada.» Aspiré hondo y traté de no pensar en nada mientras levantaba el hacha.

Fue como cortar mantequilla. El brazo se desprendió del cuerpo con total limpieza. Así de sencillo. Probablemente habría seguido con el otro, pero entonces Maisie comenzó a chillar y eso me distrajo. No fue un chillido normal, un chillido humano. Abrió la boca más de lo que parecía físicamente posible, como esas serpientes que desencajan las mandíbulas para tragarse una rata. Sus ojos cobraron una luz violenta. Hubo una pausa, apenas un instante, aunque antinaturalmente largo, y entonces profirió un prolongado, violento y sobrenatural alarido, no de dolor, sino de angustia, una angustia inimaginable.

En el caso de Pequeño Johnny, a los invitados les había encantado el chillido, pero ahora tenía algo diferente, un retazo de consciencia que todos pudimos reconocer. Permanecimos inmóviles durante un instante de aturdida confusión hasta que Charlie, saliendo de repente de aquel estado, me arrebató el hacha de las manos. La blandió con una especie de demencia salvaje, como si fuese consciente de que Maisie no era un juguete, sino una abominación, algo que tenía que destruir antes de que lo forzara a plantearse lo que era, lo que significaba su mera existencia.

El segundo brazo cayó segado. Maisie no lo había levantado y Charlie golpeó de costado, con un hachazo que lo rebanó justo encima del codo y se clavó profundamente en el cuerpo.

Maisie volvió a gritar y, esta vez, Charlie apuntó a la pierna. Fue un golpe limpio y el torso cayó al suelo, donde se retorció mientras lo rociaba todo con una sangre negra y un nauseabundo légamo del mismo color. Ella siguió chillando. No podía dejar de chillar.

Era todo culpa mía, pero no podía seguir soportándolo. Corrí a mi coche y volví a mi casa, donde irrumpí como un

poseo. Busqué la botella de Old Charter, llené medio vaso y lo apuré de un trago. Sólo cuando terminé de combatir las arcadas me di cuenta de que Tori se encontraba en el sofá, despierta pero apenas consciente de mi estado. Estaba en frente del televisor y me hablaba.

—No puedo creer lo enferma que está la gente —estaba diciendo—. Nunca había visto nada parecido.

Y allí estaba, en televisión. El presentador de las noticias locales estaba hablando y las palabras «Retransmisión en vivo» aparecían una vez tras otra en la televisión. Vi la casa de Charlie en la lejanía, detrás del periodista, quien hablaba de atroces escenas de carnicería y de una secta de pervertidos sexuales que se dedicaban a violar y a mutilar reanimadas. Apenas conseguía contener su repulsión al hablar. En la imagen se veían coches de policía con las luces de emergencia encendidas y una figura demasiado lejana y borrosa como para identificarla, a la que estaban metiendo en la parte de atrás de uno de ellos a empujones.

¿Me denunciarían a la policía? No tenía ni la menor idea. No conocía a aquellos tipos, en realidad no. Estaban realmente jodidos, así que tal vez no tuvieran razones para traicionar a nadie más. Charlie era el dueño de la casa, así que seguramente la policía lo tomaría por el jefe del grupo. Tal vez no hicieran demasiadas preguntas.

Miré a Tori, completamente asqueada por la escena que estaba presenciando. Ella me miró y, a pesar de la tristeza que le inspiraba aquel espectáculo de depravación humana, sentí que se transmitía algo entre nosotros, una especie de código tácito, comunicado sólo a través de nuestros ojos. Decía que éramos un equipo, que nos parecíamos. La gente como aquélla pertenecía a una especie distinta y no tenía nada que ver con nosotros.

Quizá tendría que habérselo confesado todo en aquel momento. Quizá tendría que habérmelo sacado de dentro. Nunca había sido uno de esos tíos. En realidad no. A mí me habían arrastrado hasta allí las circunstancias. Un terrible accidente, una decisión equivocada tomada en un segundo, y luego sus espantosas consecuencias. Pero no era uno de aquellos monstruos. A mí no me gustaban la mutilación ni el sexo con reanimadas. Yo pensaba que era asqueroso. Más que asqueroso, así que, si le contaba la historia, puede que Tori me entendiera.

No dije nada porque me aferré a la idea de que no había nada que contar. Tal vez los tíos de la fiesta mantuvieran la boca cerrada y aquel capítulo de mi vida quedara definitivamente cerrado para siempre. De hecho, puede que fuese lo mejor que podía haber sucedido. Maisie ya no estaba, y la gente que podía relacionarme con ella había desaparecido también. Era perfecto.

Me fui a la cama con Tori y ella, inflamada por nuestro vínculo de rectitud moral, dejó muy claro que quería hacer el amor. Yo me sentía demasiado asqueado como para penetrar en su cuerpo embarazado. Me sentía como si fuera a contaminarlo. Sin embargo, después me alegré de haberlo hecho. Un último recuerdo agradable al que agarrarse.

Al día siguiente, cuando sonó el teléfono, supe que había llegado mi ruina. Y así era, sólo que la ruina raras veces adopta la forma que más tememos.

—Señor Molson —dijo al otro lado del teléfono una voz con tono de monotonía oficial—. Soy el detective Mike Gutiérrez. Quisiera pedirle que venga a hablar con nosotros, hoy mismo si es posible. Se trata de un asunto importante.

Mi corazón palpitaba con tanta fuerza que temía que fuera a reventar, pero mi mente funcionaba a toda velocidad. De haber querido arrestarme, no habrían llamado. Puede que estuviera a salvo.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Bueno, es un asunto un poco peculiar. Imagino que habrá visto en televisión la redada de esa banda de torturadores de reanimados anoche, ¿no?

—Algo de eso he visto, sí —respondí.

—Bueno, además de los arrestados, confiscamos los... eh... restos de una de sus... vaya, víctimas, supongo que podría decirse. Estaba hecha pedazos, literalmente, pero aún quedaban el torso y la cabeza. Y la cuestión es que la cabeza todavía habla. Verá, esa condenada cosa sigue viva... o reanimada, o lo que sea, y no para de mencionar un nombre. Señor Molson, está diciendo su nombre y es usted la única persona que lo lleva en toda la ciudad.

Intenté fingir despreocupación.

—Qué extraño. ¿Y qué es lo que dice?

—Creo que lo mejor es hablar de ello en persona. ¿Podría venir... digamos al mediodía, por ejemplo?

Asentí, pero entonces, al darme cuenta de que el agente no podía verme, le dije que con mucho gusto. Colgué el teléfono y me quedé donde estaba, muy, muy quieto.

Ahí estaba, pues. Ya me tenían. No lo sabían aún o habrían venido a buscarme en lugar de pedirme que acudiera yo, pero era sólo cuestión de tiempo. Era muy poco probable que el cuerpo desmembrado de Maisie llegara a testificar ante un tribunal, pero los polis tratarían de agarrarme como fuera y, en el mejor de los casos, Tori me abandonaría, y las minutas de los abogados me dejarían en la ruina. Me convertiría en objeto de escándalo y escarnio. Y ése era el mejor de los escenarios. El peor era la cárcel, donde todo el mundo estaría al corriente de lo que había hecho. Sería uno de esos pervertidos a los que encuentran asesinados al cabo de unos meses de tormento inimaginable.

No podía afrontar ninguna de las dos posibilidades. Mi vida estaba arruinada, pero no tenía que vivir con esa ruina. ¿Por qué iba a hacerlo? Todos sabíamos que el alma abandonaba el cuerpo tras la muerte. Había visto un centenar de grabaciones de almas que abandonaban sus respectivos cuerpos. Al contrario de algunos cínicos, yo no creía que el alma abandonara el cuerpo para disolverse en la nada. La vida era sólo una parte del viaje, y a mí me había llegado el momento de pasar a la siguiente.

No soy un hombre valiente. No tenía una pistola y no podría haberla utilizado aun en el caso de haberla tenido. Tampoco tenía el valor necesario para cortarme las muñecas. Así que volví a recurrir a la botella de bourbon y busqué unos analgésicos muy potentes que Tori había conseguido, pero que no había llegado a utilizar, un año antes, cuando se rompió la muñeca. Me bebí la botella entera y me tragué las píldoras. Busqué más. Encontré unos relajantes musculares, Ambien, Xanax y algunas cosas más para añadir a la mezcla. Lo más probable es que algunas de ellas fueran inocuas, pero en su conjunto, se me antojaba un cóctel bastante letal.

Lo era. Estaba muerto al cabo de una hora, más o menos, aunque el tiempo resulta difícil de medir ahora. Sólo cuando em-

pezaron las convulsiones me di cuenta de lo mucho que había metido la pata. Había olvidado de dónde había sacado el dinero para comprar a Maisie. Las oficinas de General Reanimates me habían dado casi diez mil dólares al firmar el contrato, cosa que, en su momento, me había parecido una buena solución. Ya recompraría mi cuerpo más adelante. No veía nada que lo impidiera. Tenía tiempo de sobra. En su momento me pareció una trivialidad y luego, cuando tendría que haberme acordado de ello, sólo podía pensar en escapar. De algún modo, no sé cómo, lo había olvidado.

Imagino que las sobredosis de fármacos deben de ser uno de los supuestos ideales para General Reanimates. Les ahorra el trabajo cosmético. Tampoco es que importe mucho. Llevo el uniforme y últimamente no veo a demasiada gente. Estoy en el desierto, trabajado en un proyecto de energías alternativas. Coloco paneles solares. Al menos es algo útil.

No puedo hablar. No puedo ni moverme por mi propia voluntad, sólo cumplir órdenes. En general, mi mente sigue ahí, aunque no me siento exactamente como yo mismo. Puede que sea porque mi alma me ha abandonado o porque estoy muerto. No lo sé. No recuerdo mi muerte ni la partida de mi alma. Sólo recuerdo haberme quedado dormido y despertar en los laboratorios de General Reanimates. No puedo ni mover un solo dedo por mí mismo. No consigo imaginarme cómo pudo hacerlo Maisie.

Mis únicos pasatiempos son soportar lo que me toca y pensar. Aquí hace mucho calor y yo lo noto. No somos insensibles. Los uniformes no transpiran, y sudamos. Sufro, me pica, y cada vez que me muevo me duele. Siento como si mis huesos se rozaran unos contra otros y rechinaran, y se fueran desgastando. No hay descanso ni final. No puedo hacer más que lo que me ordenan y no tengo más solaz que mis recuerdos. Me he contado mi propia historia no sé cuántos centenares de veces. Finjo que tengo un público, pero no es así y nunca será así. Algún día, espero, mi cuerpo dejará de funcionar, pero hasta donde yo sé, este tormento, con las revisiones regulares, podría durar cien años. O mil.

De algún modo, Maisie logró salir a la superficie, aunque sólo fuese un poco. Puede que por la rabia o por la indignación. Tal vez, si lo que me ha sucedido no fuera tan apropiado, podría reunir la voluntad necesaria para hacerlo yo también,

pero lo dudo. Lo he intentado. No creo que se pueda intentar más de lo que lo he hecho, pero claro, supongo que todos lo hacen. Seguro que el tipo que tengo a mi lado lo está intentando también, pero no puede contármelo. Puede que simplemente fuera que Maisie era excepcional. Tal vez cuando estaba viva y, desde luego, después de muerta. Lo era y el resto de nosotros no lo somos, y por eso debo soportar este largo e interminable horizonte.